

Reseña de / Book Review of: Di Liscia, María Silvia (ed.), *Museos y comunidades en la Patagonia argentina. Representaciones y relatos históricos entre pérdidas y encuentros*, Rosario, Prohistoria Ediciones, 2022, ISBN 978-987-809-045-0, 252 pp.

Eva Sanz Jara

Universidad de Sevilla, España / esjara@us.es
ORCID iD: <https://orcid.org/0000-0002-8916-7581>

El prólogo de Mirta Zaida Lobato, «Museos y comunidades: un modelo para pensar», ofrece una visión de los museos como entidades del pasado, sumamente adecuada en un libro sobre museos de historia como el que tenemos entre manos. De esta manera, Lobato abre la interesante temática del tiempo en el museo, que se mantendrá a lo largo de la obra. Y junto con ella señala otras, también presentes en el volumen, así como algunos aspectos sobresalientes del mismo. Destacan especialmente el impulso a la historia regional que supone y la capacidad que puede tener para inspirar nuevos estudios, con la que la autora cierra el apartado.

La introducción de María Silvia Di Liscia, «Una aclaración sobre museos y comunidades», contiene un útil, sucinto y al tiempo completo estado de la cuestión sobre museología, que parte afirmando la sobreabundancia de publicaciones en este ámbito a la que estamos acostumbrados, así como el respeto del público con el que la institución museística cuenta en todo el mundo. Estas dos premisas constituyen el punto de partida para el desarrollo de este epígrafe. La primera porque hace necesaria la justificación de este libro. Y la segunda porque plantea una base sin la cual no puede comprenderse la museología, o más bien uno de sus campos más relevantes: el cuestionamiento de la institución museal que lleva décadas llevando a cabo, y en el cual este trabajo se inserta (junto a la inmensa mayoría de los restantes que conforman la miríada de publicaciones que acabamos de enunciar como primera premisa). Tenemos entonces una institución muy respetada por la sociedad, y la autora plantea algunas preguntas para hacer que esta certeza se tambalee: ¿Por qué es necesario un museo?, ¿cuál debe ser su impronta?, ¿quiénes son los que deben «decir» en el museo? Asimismo,

aporta, para terminar de sembrar las dudas, una «definición diferente y abierta» de museo, nada ortodoxa porque se sustenta en la problematización: «estas instituciones direccionan y moldean —a través de los objetos y del discurso— una lectura, donde se adoctrina y socializa en torno a determinados valores nacionales, y se crean y recrean las identidades colectivas, ligadas a un supuesto saber científico vinculado a la cultura material» (pp. 16 y 17).

Y con el breve, pero sistemático y exhaustivo, estado de la cuestión, Di Liscia cumple la tarea de nutrir la problematización que se hace en el marco del debate académico existente desde hace décadas en el seno de la museología. Para la elaboración de este estado del arte, la autora transita por un camino que recorre ámbitos que comienzan con la afirmación de la existencia de una «historia, filosofía, sociología y epistemología propias» de los museos. A continuación, explica el surgimiento y desarrollo de la nueva museología francesa en las décadas de 1970 y 1980, con sus característicos ecomuseos. También contrapone a la corriente mencionada la nueva museología de cuna anglosajona y carácter multiculturalista. Por su parte, la posmodernidad pone en cuestión el progreso científico por considerarlo culpable de la desigualdad que afirman implícitamente los principales museos decimonónicos: «La demostración de un mecanismo de sucesivas capas de control social dentro de estas instituciones, supuestamente abiertas a la verdad y neutralidad, en sociedades que se decían a sí mismas igualitarias y democráticas, como lo eran las europeas y americanas en este período, fue parte de un proceso de revisión muy profunda de grandes instituciones museísticas» (p. 19). Pero, se pregunta la autora, ¿qué debe hacerse con las memorias de los grupos alternos, los que cayeron bajo el colonialismo externo e interno y fueron expoliados para ser expuestos en museos? Los análisis posmodernos, feministas y poscoloniales, en respuesta, aseveran la necesidad de democratizar los museos. Pero, ¿cómo hacerlo? Con la resignificación y reposicionamiento profundos de las exposiciones de estas instituciones, definidas ahora «no como espacios disciplinarios de la historia académica, sino como lugares de memoria, ejemplificando el cambio posmoderno, de discursos con maestros autoritarios, a las nociones horizontales relacionadas con la práctica de la memoria, el lugar y la comunidad» (p. 23). Y, llegados a este punto, encontramos una clara apuesta por la comunidad, común al estado de la cuestión y al propio libro que estamos reseñando.

Tras el estado del arte realizado, Silvia Di Liscia regresa en su introducción a la obra en sí, afirmando uno de los principales desafíos planteados con

ella es trasladarse del marco general teórico a la aplicación práctica en las instituciones. Por su parte, la novedad fundamental es el abordaje del ámbito regional, pues existen pocos trabajos compilatorios para la Patagonia y apenas ninguno para La Pampa.

La primera parte del libro, «Reflexiones y casos», incluye, como su título indica, trabajos de reflexión e interpretación sobre los debates teóricos museológicos, así como análisis particulares de casos. Encabeza esta primera sección el escrito «Museos y educación sentimental. Los otros relatos del museo», a cargo de Marisa González de Oleaga. En el capítulo se tratan los recuerdos de la infancia relacionados con las visitas a museos, que aparecen como «instrumento generador de jerarquías raciales sociales» en los niños y niñas a través de sus aspectos emocionales, constituyéndose en consecuencia como centros de adoctrinamiento escolar. A continuación, recorre González de Oleaga tres museos: el de América de Madrid (España), la Escuela de Mecánica de la Armada (Buenos Aires, Argentina) y el Museo de Arqueología de Alta Montaña (Salta, Argentina). Los tres son sumamente dispares, y en los tres observa diferentes cuestiones: en el primero la interpretación histórica llevada a cabo, en el segundo el posicionamiento ético mostrado y en el tercero el discurso científico explicitado. Cuestiona todos ellos como la verdad absoluta que pretenden ser, y propone como alternativa que no son tal cosa sino meras perspectivas «que pueden y deben ser contestadas» (p. 49). A continuación, «El descubrimiento de la museología y la museografía históricas (Argentina, 1958-1973)», escrito por María Elida Blasco, narra la conformación de los campos disciplinarios de la museografía y la museología en Argentina en un período extraordinariamente convulso del siglo XX, durante el cual las instituciones museísticas no se liberaron ni se modernizaron como sí sucedió con otros ámbitos de la sociedad y la política. Por su parte, «Científicos vocacionales, la práctica de la arqueología y la creación de museos en ciudades de provincia (Argentina, primera mitad del siglo XX)», apartado firmado por María Alejandra Pupio, aborda la actividad de arqueólogos *amateurs* que suministraban objetos a los museos argentinos de Buenos Aires y la Patagonia antes de la profesionalización de la arqueología, tras la cual la actividad *amateur* previa quedó desplazada e incluso, afirma la autora, estigmatizada, aunque considerada como paso previo necesario a dicha profesionalización. El siguiente capítulo, «Rastros epistolares: redes de aficionados y científicos en dos museos de La Pampa y Patagonia (mediados del siglo XX)», de Giulietta Piantoni, reflexiona sobre las aspiraciones de las exposiciones frente

a sus realidades a través del recorrido comparativo en que se subrayan similitudes entre dos instituciones museísticas patagónicas de Bariloche y Santa Rosa, respectivamente, realizado tomando como fuente la correspondencia entre sus dos directores. Ambas nacen a partir de colecciones etnográficas y arqueológicas de aficionados naturalistas, la autora añade que «ambos museos funcionaron como instrumentos necesarios para la pedagogía patriótica y moralizadora» (p. 114) y, además, los dos museos requirieron de lazos sociales y de una comunidad de práctica para conformarse. Aparte de similitudes, también se recogen diferencias, como la dependencia de un gobierno nacional nada más de uno de ellos, lo que se confiere mayor estabilidad. El escrito «Museos en agenda. Políticas y actores en La Pampa (fines del siglo XX-inicios del XXI)», elaborado por Mirta Zink y Stella Cornelis, nos hace llegar la historia de los esfuerzos de las agencias que se hacen cargo del patrimonio en la provincia argentina de La Pampa, haciendo hincapié en la proliferación de fundaciones museísticas en las décadas finales del siglo XX e iniciales del XXI.

A partir de aquí y hasta el inicio de la parte segunda de la obra, se suceden tres estudios de caso de museos de comunidades. El primero de ellos, «Proyectos turísticos, narrativas oficiales y exhibiciones museales. El Parque Luro entre los noventa y el presente», escrito por Claudia Baudaux, trata una casa señorial en La Pampa, edificada en tierras expoliadas a las comunidades indígenas, en la que fue introducida fauna extranjera, con el consecuente desequilibrio ambiental. Por todo ello, este museo representa una apología de la colonización del territorio, que no ha sido corregida con el correr de los años, sino que se ha agudizado tras ser la institución reformada en tiempos relativamente recientes, puesto que, con pocas transformaciones, ha retomado lo que la autora describe como un acrítico relato fundador que describe positivamente a los primeros dueños de la casa como pioneros. El segundo estudio de caso, «Las narrativas locales en los museos de La Pampa. Casa Vicente de Miguel Riglos y Museo Histórico Municipal de Alpachiri», de María Agustina Gareis y Anamaria Macedo, lleva a cabo una comparación entre dos museos ubicados en dos localidades de tamaño y características similares. Se trata de museos de fundaciones territoriales —de pioneros, por tanto— en el sureste argentino, que se sitúan en un antiguo comercio y una estación de tren respectivamente. De esta comparación, Gareis y Macedo extraen interesantes reflexiones, como que ambos contaron con el municipio para el empuje inicial y el mantenimiento a lo largo del tiempo y que los dos se focalizan en el período inicial de

la historia que narran: la fundación. Como resultado, ambas instituciones cuentan una historia positiva e idealizada, en la que la civilización se incluye como valor central. El tercero de los capítulos dedicados a estudios de caso de museos de comunidades, titulado «Comunidades, representaciones y ausencias: el Museo del Pueblo de Toay», elaborado por María Silvia Di Liscia, nos habla también de un museo ubicado en las inmediaciones de una estación de tren. La institución cuenta con variopintas colecciones, lo que condiciona negativamente su narrativa expositiva, que queda desdibujada por el abigarramiento de objetos. Llega este apartado a conclusiones que, teniendo en cuenta otros acápites comentados, podemos identificar como características de los museos de comunidad de esta zona pampeana, pues en ellos la narración se concentra en un pasado invariablemente mejor, en tiempo del origen de la población —de los pioneros—, donde imperaban el esfuerzo y el trabajo, con los que se luchaba por el progreso. Encontramos en este bosquejo idílico un significativo olvido de los momentos traumáticos, en el marco de una historia optimista, que no habla de las poblaciones originarias, ni de las dificultades de la fundación. Afirma Di Liscia que sería conveniente recuperar estos olvidos, pues las futuras generaciones tienen derecho a conocer toda la información.

La segunda parte del libro, «Experiencias con museos», se encarga de hacernos llegar experiencias prácticas sobre exhibiciones en el territorio de La Pampa. El primero de sus apartados, «La cocina de las exposiciones: sobre el Museo de la Comunidad de Winifreda», firmado por María Agustina Gareis y María Silvia Di Liscia, enlaza con los capítulos previos porque trata también un museo vinculado a una estación de ferrocarril. En esta ocasión, la información sobre la institución procede de una entrevista con la museóloga Claudia Visbeek, en la que se subrayan la escasez material de medios para la institución y la pretensión de incluir en la exposición a todos los grupos que conforman la comunidad, lo que resulta infrecuente en los museos de la zona. Después, «Casa Museo Marín, La Pampa. Pensar y hacer un museo biográfico», elaborado por Gabriel Miremont, nos muestra otra perspectiva diferente: la del trabajador de museo. El escrito aborda cuestiones eminentemente prácticas, como la realización del guion, la selección de objetos, el diseño de su exposición, etc. Y enfatiza el hecho de que un museo como el descrito no solamente nos informa sobre el personaje en el que se centra, en este caso Rubén Marín, sino también acerca de la comunidad en la que la institución se ubica. A continuación, «Naturaleza y cultura en el Museo Provincial de Historia Natural», de Daniel Pincén,

nos trae la visión del director, que explica las dificultades de la gestión. Y, por último, «Públicos y museos: de los bordes y márgenes al centro del asunto», a cargo de Daniela Rodi, nos muestra la mirada de la coordinadora de la Red de Museos de la Pampa e incide en aspectos centrales en este libro, como la democratización de las prácticas museísticas, el énfasis en los visitantes de las instituciones y el resultado buscado con todo ello: «hacer posibles museos abiertos a ofrecer a las comunidades y organizaciones sociales, instrumentos de encuentro y conocimiento de la memoria social y del patrimonio, enfocados a sus intereses» (p. 246).

Nos resta nada más señalar algunos valores de la obra revisada, que se suman a los ya expuestos. Este es un libro vertebrado por una estructura marcadamente coherente. Abre con un escrito que no cubre un caso sino un aspecto que resulta transversal a todos los estudios de caso: lo sentimental en el museo. Sigue adelante con un texto de temática disciplinar y conceptual, que también resulta transversal al resto de acápites sobre casos concretos: la museología y museografía históricas y sus orígenes en Argentina. Cuenta con casi una decena de apartados que son mayoritariamente estudios de caso. Y cierra con un epígrafe sobre otro aspecto transversal, que puede guardar relación con cualquier estudio de caso: el público de los museos y su función social. Todo ello precedido por un prólogo y una introducción de vocación generalista, que abordan la intersección entre museos y comunidades. Se trata, conviene insistir en ello, de un estudio muy relevante por su carácter regional, debido a la novedad que supone el conocimiento particular del territorio que aborda. Y es valioso, además, porque aborda la región desde una perspectiva actualizada innovadora en lo que se refiere al campo de estudio en el que se inserta: la museología.